

# LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Estimulo y correccion, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—La Cruz de Cecilia, por doña Micaela de Silva.—El Libro, por doña Camila de Avilés.—LAMINA: *Pliego de Dibujos.*

## EDUCACION MORAL.

### ESTÍMULO Y CORRECCION.



A religion, la conciencia y la piedad filial son verdaderamente el alma de una buena educacion, porque la niña que posee estas cualidades no ha menester ni correccion ni aun estímulo, pues el precepto religioso, la voz de la conciencia y el cariño, no se hacen traicion ni se desatienden; es tan poderosa la influencia que ejercen, que basta apelar á esas cualidades, á su simple recuerdo, para que si pudiesen estar un momento dormidas despierten con fuerza y vigor.

En el número de las creencias, que se pueden llamar innatas en cierto sentido, está la de que toda falta merece una pena, y de aquí nace la suposicion natural de que el castigo, pacientemente sufrido en virtud de la falta, debe alejar un poco el peso del remordimiento. Es una deuda pagable con sufrimiento: es la idea de la expiacion, idea que no solemos realizar por nosotros mismos, pero sufrimos que se nos imponga. Así es que en la niñez se considera uno limpio ó descargado de la falta, y aun mas inocente, cuando se han sufrido sin murmurar las consecuencias de esa misma falta; lo cual es un principio de mejoramiento, y al considerarse uno regenerado por el castigo cumplido, se forma el propósito de no volver á faltar para no merecer, sino mayor pena, un remordimiento mas grande.

Además, si se cometen las mismas faltas, se prueba la esterilidad del castigo, y mas que todo el po-

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

co valer de la propia conciencia, lo cual haria formar muy tristísimo concepto de quien así obrase, y no seria muy envidiable su suerte y su porvenir. Por de pronto se enagenan hasta las consideraciones de los padres y de cuantos los traten, y esta es la mayor desgracia que puede suceder á los hijos.

Interesados los padres en el buen concepto, en el honor de sus hijos, si llegan á dudar de él les abate el dolor, porque es verdadero y profundo, porque afecta á lo que mas aman. Por conservar intacto ese honor y estimularle, se vé á los padres prudentes no reprender directamente á sus hijos delante de testigos. Unido el sentimiento del honor al del deber, exige delicadas atenciones, que no pueden descuidarse. Si entre los antiguos, los lacedemonios especialmente, tan rudos bajo ciertos aspectos, ponian en esto muchísimo cuidado y le daban grande importancia, ¿cómo podríamos dejar de dársela nosotros cuya superioridad moral es incontestable? cómo habríamos de descuidar lo que exige de nosotros la familia y la sociedad? Podrá haber falsedad á veces en los juicios de la opinion, pero no son siempre desatendibles, y hay que procurar constantemente que nos hagan alguna justicia.

Aunque esta opinion no sea de la misma importancia en la niñez que en la juventud ó edad madura, el resultado es el mismo, é iguales las consecuencias. No se tiene en la niñez la idea del porvenir, pero se tiene la del honor; y al sentir el mal presente la intensidad del sentimiento es grande. Así se vé cuán grande es el estímulo de la recompensa, del premio: como se dilata el corazon de la niñez al aplauso, como lisonjea la ovacion, como se pavonea una criatura con una banda ó una cinta. Y por el contrario, como le abate lo que hiere á su amor propio, lo que produce alguna vergüenza, algun sonrojo. Y es porque en la niñez hay mas impresionabi-



lidad, y por eso vemos á un niño que aun no hace mas que balbucear el dulce nombre de madre, como llora con que se le dirija una mirada de reprension, que muestre el desagrado con que vemos alguna accion en él reprobada.

Un grande observador del corazon humano refiere de la manera que vamos á copiar un notable acontecimiento de su infancia, que viene perfectamente á nuestro propósito, y que presentamos sin observacion ninguna, sino simplemente como le cuenta.

«A la edad de siete á ocho años, dice, acompañé á mi padre á una visita de algunos dias en casa de un amigo. Un gran jardin que habia bajo las ventanas del castillo era frecuentemente el teatro de mis juegos. En un rincon del jardin una ave de rapiña estaba encerrada en una jaula. Una codorniz, á la cual se habian cortado las alas, corria en libertad de un lado para otro. Una mañana perseguí por largo tiempo á esta codorniz, la cogí delante del ave de rapiña, y no sé como me vino la funesta idea de presentársela; la cogió inmediatamente de mi mano y devoró á mi vista á la inocente avecilla.

»El dueño de la casa, que lo habia visto todo desde una ventana, debió decírselo á mi padre, y concertaron la leccion que yo debia recibir. Estando en la comida, acudió bastante gente á las postres, y el dueño de la casa contó lo sucedido friamente y sin reflexiones, pero nombrándome. Al concluir reinó un silencio profundo, y todos me miraban con espanto. Yo entendí algunas palabras pronunciadas entre los convidados, y sin que nadie me dirijiese la palabra pude comprender que todos me consideraban como un *mónstruo*. A esto se limitó la leccion, y fué fuerte, pues no puedo pensar sin estremecerme en lo que sufrí entonces.

»Dos momentos principalmente me produjeron la impresion mas profunda, y han permanecido grabados en mi imaginacion, á pesar de haber transcurrido mas de sesenta años: en el jardin, cuando ví al ave de rapiña destrozar á la codorniz, y en la comida, el silencio espantoso que siguió á la relacion del dueño de la casa.»

A. PIRALA.



## CARTAS FAMILIARES.

### XV.

*De Enriqueta á la Abuela.*

Durante toda la semana, María permaneció triste y pensativa, dedicándose con un ardor febril al estudio de la música.

¿Era para buscar en el piano una distraccion á su pesar? ¿era para sustraerse á la voz siniestra del remordimiento? lo ignoraba.

Llegó el jueves.

Acababamos de sentarnos á la mesa para almorzar, cuando entró la niña arrastrando en pos de sí á Lucía.

Lucía á pesar de su nueva posicion ha continuado siendo su maestra.

—¿No es verdad? la preguntó la niña con las mejillas inflamadas y los ojos centellantes, no es verdad que sé la pieza?

—Es tanta verdad, respondió Lucía, que me parece un milagro, pues aun no hace ocho dias que la estudia.

Mi niña es tan tímida, tan modesta, que me sorprendió la jactancia con que solicitaba un elogio.

Estuvo un instante dudosa, y luego dijo tímidamente:

—¿Papá, no me habia Vd. prometido un estuche si la aprendia muy pronto?

—Y lo que prometo lo cumplo, respondió Eduardo.

—Es que yo quiero mas que eso, balbuceó María. Quiero el dinero que costará, y quiero el permiso para gastarlo á mi antojo.

Eduardo y yo nos miramos con asombro. Yo le hice una seña, para que accediese á su deseo.

—Es que quisiera mas, prosiguió la niña cada vez con mayor turbacion, quisiera que me dejasen ustedes salir un rato con mi buena Lucía, que se ha ofrecido á acompañarme.

Tambien esto le fué concedido.

Imposible es pintar la inquietud y la agitacion con que pasó el resto del dia: iba y venia de un lado al otro, consultando la lenta marcha del sol, contando uno á uno todos los minutos.

Apareció por fin la noche, y vinieron sus amigas.

Yo lo deseaba tanto como ella, pues esperaba obtener la esplicacion de aquel enigma.

Al ver á Adriana, María corrió á arrojarle entre sus brazos, y puso en sus manos un abultado volumen magníficamente encuadernado.

—Es un regalo que te hago, balbuceó llorando, tómalo en prenda del eterno cariño de mi alma!



Yo me apoderé del libro, y lágrimas de consuelo y de alegría corrieron por mis mejillas.

¡Era un libro igual al de Guillermo!....

Estreché á María entre mis brazos, la colmé de besos.

—Hijos, exclamé luego con voz temblorosa, el jueves os conté una triste historia, producida por la negra envidia, hoy quiero contaros otra, que debió su origen á la noble, á la bella, á la santa emulacion.

La emulacion tiene su trono á los piés de Dios, y ella es la autora de cuanto grande y sublime existe sobre la tierra. Ella dirige la paleta del pintor, hace brotar los versos cadenciosos de los lábios del poeta, inspira al músico sus celestes armonías. Sábios, políticos, guerreros, todos la deben el lauro que ciñen á su frente; á ella deben sus palmas inmortales los mártires, los santos, los varones justos y prudentes á quienes rinde un tributo de respeto el mundo!

Tended la vista por todas partes: sin la noble emulacion, no existirían esos magníficos campos cultivados, esos soberbios monumentos que embellecen las ciudades populosas, ni esos millares de fábricas que son otros tantos templos de la industria! Sin ella, el telégrafo no transmitiría instantáneamente la palabra humana de un polo al otro polo, ni la soberbia locomotora, devorando los espacios, haría que todos los hombres de la tierra fuesen hermanos y tuviesen una sola patria!

Pero la mayor de las virtudes puede convertirse en el mas innoble de los vicios, y es preciso saber distinguir entre ambos: la envidia es el vil insecto, que contempla con saña los brillantes destellos del astro del día, y quisiera, para igualarle á sí, apagar su luz, y reducirle á la condicion del cieno inmundo en donde se revuelca: la emulacion es el águila atrevida que mira al sol cara á cara, y tiende audazmente el vuelo para remontarse hasta su esfera.

La prueba mas grande que tiene el hombre de su propio mérito es no sentir en sí mismo tristeza por la gloria ajena, y sí el noble entusiasmo de alcanzarla por medio de virtudes magnánimas y generosas.

Guillermo Shakespeare, el célebre poeta inglés, nació en Strafort, ciudad del condado de Warwik, en 1564.

Su padre contaba con muy escasos bienes de fortuna, y tenía diez hijos, de los cuales el mayor era Guillermo. No bastándole su empleo para vivir, trataba en lanas, y quiso que su primogénito se dedicase al comercio. A esto debió el futuro poeta el recibir alguna instruccion, aunque imperfecta.

Locuras y turbulencias de su juventud, le llevaron á reunirse á una compañía de cómicos ambulantes, que representaban groseras y descabelladas farsas.

Shakespeare brilló poco como actor; pero al reci-

tar las pesadas é insulsas declamaciones de los otros, sintió brotar en su pecho el fuego de la inspiracion divina. Sus ensayos tuvieron un feliz éxito, é hicieron que fuese amado del público, y considerado por sus compañeros.

Guillermo era de un carácter amable, franco, igual, y tenía un alma generosa y caritativa.

Sucedió, pues, que un día se acercó á él un pobre albañil, y con ademan confuso, le presentó una comedia, diciéndole que en vano se habia dirigido á los otros cómicos, pues no solo no se habian dignado leerla, sino que le habian despedido con insultante desprecio.

El infeliz añadió, que no podia resignarse á manejar la piqueta como su padre, y que sin embargo, su padre era octogenario, y tenía seis hermanas á quienes sostener.

Shakespeare, que se dirigia al campo en compañía de un anciano cómico á quien amaba en extremo, retrocedió precipitadamente, y condujo al albañil á su propia casa. Allí leyó con detencion la obra; pero á medida que leía, sus mejillas se iban coloreando, y el asombro se pintaba en su semblante. Cuando hubo concluido, se arrojó en los brazos del joven, declarándole que su comedia era magnífica, y tributándole los mas espresivos elogios.

Sin embargo no le prometió nada.

Pasáronse algunos días, y el anciano cómico observó que Guillermo, contra su costumbre, estaba triste y pensativo.

Una mañana le preguntó la causa de su preocupacion.

—El recuerdo de la obra del albañil me persigue, murmuró Guillermo, y destruye todos mis sueños de porvenir y gloria!

El anciano nada dijo, pero le propuso ir á dar un paseo por un magnífico jardín, que se divisaba no lejos de aquel sitio.

—Hé aquí, exclamó deteniéndose en su dintel, hé aquí una multitud de hermosas y perfumadas flores, y en verdad no se sabe á cual dar la preferencia. Si bella es la rosa, bello es el tulipan: bellos son el clavel y el blanco lirio. Si la una descuella por sus vivos colores, la otra sobresale por la suavidad de su aroma, y su variado conjunto es lo que constituye la belleza de los prados. ¿No os parecería estúpido que la rosa envidiase al tulipan y el tulipan á la violeta? No; cada flor se ufana con los dones que ha recibido de la Providencia, y procura concurrir con su hermosura á la hermosura del armonioso todo.

Pues bien, lo mismo sucede con el génio: cada uno tiene el suyo peculiar, y cada uno puede aspirar en su género al bello ideal de la perfeccion humana.

La enérgica lira de Homero, no apaga los dulces écos de la de Virgilio, ni la fama del elegante Teren-



cio menoscaba la del ingenioso Plauto; así como los trinos del ruiseñor no hace desmerecer los cantos del jilguero, ni el brillo de una estrella ofusca el brillo de otra estrella.

Propongámonos un fin mas alto en nuestras empresas, concurrir con nuestro pequeño bien al bien de todos, y enaltecer la patria que nos ha dado vida!

La leccion no fué perdida para el magnánimo Guillermo.

Desde aquel instante trabajó con ardor para que la comedia del albañil fuese puesta en escena, y aun no habian pasado quince dias, cuando el público, que asistia á su representacion, proclamaba con entusiasmo el nombre de Benjamin Johnson, que era el nombre del modesto autor; el nombre ilustre, del que debia dar á la comedia inglesa una nueva forma.

Este éxito ruidoso, llenó de una sincera alegría á Guillermo, quien al retirarse á su casa recibió una cajita misteriosa.

La caja contenia una rama de laurel, y en una de sus hojas habia escritas estas palabras:

*Donde la envidia muere, nace la verdadera gloria.*

Shakespeare creyó que el presente dimanaba del anciano cómico.

Desde entonces fué el amigo mas fiel de Jhonson, quien se hizo un nombre célebre al lado del suyo, y sin duda á la noble emulacion que existia entre ellos debieron ambos el inscribir su nombre en el libro eterno de la fama.

Shakespeare habia encontrado un rival digno de su talento, y *Otelo, Hamlet, Macbet, Lear, Julio César, Enrique IV, Ricardo II, y las mujeres de Windsor*, fueron las brillantes hojas de su corona poética.

La gloria siguió sus pasos desde el principio de su carrera, y el pueblo transportado de entusiasmo, se agolpaba para escucharle y apludirle. La reina Isabel le colmó de beneficios y distinciones. Jacobo I hizo lo mismo, y fueron sus amigos los principales magnates de la corte y los hombres mas eminentes de su época. Si su genio avasallaba, su caridad y su benevolencia seducian, y murió á los cincuenta y dos años en Straford, llorado y bendecido.

Su fama fué creciendo despues de su muerte, y en 1740 le elevaron un soberbio monumento en Westminster, en donde duerme el sueño eterno al lado de los reyes y los guerreros célebres.

Sus descendientes conservan aun la caja misteriosa.

El lauro se ha convertido en polvo, ¡al fin lauro de la tierra! pero un diminuto pergamino guarda la sentencia.

Vamos á ver, Elisa, proseguí al finalizar mi relato, ¿no habias prometido hablarnos de las campanillas?

ANGELA GRASSI.

## VIAJES.

### CARTAS Á UNA NIÑA.

#### XXIV.

Sevres debe su celebridad á la fábrica de porcelana que lleva su nombre, cuyos productos son tan notables por la elegancia de sus formas como por la riqueza y brillo de sus pinturas. Inaugurada en 1756, trasladóse á ella la que existia en Vincennes, y el Rey se hizo cargo de su explotacion, que desde entonces ha corrido siempre por cuenta del Estado. En la magnífica coleccion tecnológica que posee, comprensiva de todas las producciones cerámicas, están representadas todas las fabricaciones, desde la alfarería comun hasta la porcelana del Japon y de la China: las materias que entran en la composicion de las pastas de la de Sevres me dijeron que eran las arcillas y las arenas procedentes del lavado del caolin, y las cretas de Bougival y de Aumont.

Saint-Germain, en Laye, sirve de residencia en verano á muchas familias: su situacion es excelente, y su floresta cubre una estension de 4,400 hectáreas. De su palacio solo puedo decirte, porque no está abierto al público, que data del siglo XII. Abandonado por Luis XIV, que dió en él hospitalidad á Jacobo II de Inglaterra, y olvidado completamente por Luis XV y Luis XVI, ha sido sucesivamente escuela, cárcel militar y cuartel: hoy se dice que se trata de restaurarle. Su terrado, dibujado por Le Notre, mide 2,400 metros de largo sobre 35 de ancho, estendiéndose desde el pabellon de Enrique IV hasta la verja real que conduce á la floresta.

Como Sevres por su fábrica de porcelana, Saint Dionis, cuyo origen se pierde en la noche del tiempo, es célebre por su Abadía, antiguo panteon de los reyes de Francia, profanado horriblemente en tiempo de la Revolucion, en virtud de un decreto de la Convencion de 16 de Julio de 1793.

En 12 de Octubre siguiente se procedió á la exhumacion, y segun el acta que se estendió á medida que iban abriéndose los féretros, los cadáveres de Turena y de Enrique IV estaban tan bien conservados, que se les reconocia fácilmente; en estado de esqueletos los de Felipe el Hermoso, el de Beltran Duguesclin y el de Felipe el Largo, revestido con las insignias reales, y en completa putrefaccion los de Francisco I y su familia. ¡Dos grandes zanjias, llenas de cal viva, reemplazaron á los espléndidos mausoleos en que hacia tantos siglos descansaban sus restos mortales! Pero apartemos la vista de esta sangrienta página de la historia de Francia.

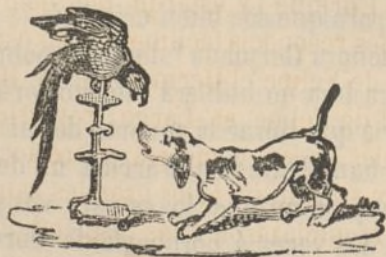


La fachada de Saint Dionis mide 108 metros de largo por 37 de ancho, presentando tres pórticos cubiertos de bajos relieves en bronce, que representan á Jesus en medio de los Santos; el Juicio final; el martirio de San Dionisio y los signos del Zodiaco. En el interior todo es notable, empezando por el altar mayor, que es de mármol egipcio. Entre las capillas descuellan la *capilla subterránea*, que tiene la entrada á la izquierda del coro y da á una galeria semicircular, donde están las estatuas de los reyes de Francia, y la *capilla expiatoria*, de origen moderno, donde están inscritos en lápidas de mármol negro los nombres de todos los reyes, príncipes y personajes que han sido sepultados en Saint Dionis. Comprende cuarenta y siete monumentos, siendo el mas notable el del duque de Orleans y su esposa Valentina.

Los antiguos edificios del claustro sirven de colegio á las hijas, hermanas, sobrinas y primas de los miembros de la Legion de Honor. Hoy se educan en él quinientas jóvenes á espensas del Estado.

Voy á decirte solo dos palabras de Enghien, Montmorency y Sceaux, dejando para mi próxima carta Vincennes y Fontenaibleau. Enghien hace algunos años era un desierto, hoy, gracias á su establecimiento de baños sulfurosos, de gran virtud, es un pueblo en miniatura, pero de grandes señores, con palacios, castillos góticos, pabellones, etc., etc., surcado por un lago cubierto á todas horas de barquillas de vela y de remo. De la estacion de Enghien se va en ómnibus á Montmorency, donde hay tambien hermosas casas de campo particulares. En una de ellas, que fué de la condesa de Epinay, compuso Rousseau su *Nueva Eloira*, y murió Gretry en 1813. Robespierre estuvo en ella tres dias antes de ser guillotinado. Sceaux solo tiene de notable las cercanías. Colbert edificó en él un magnífico palacio, que decoraron interiormente las celebridades artísticas de su época. Su hijo, el marqués de Seignelay, acabó de embellecerlo, construyendo un teatro: este aliciente le convirtió en punto de reunion de los hombres de letras. La revolucion pasó por encima de él y le destruyó; solo queda un pedazo del jardin, en el que se dan bailes campestres en verano.

SARA.



## LA CRUZ DE CECILIA.

A principios de Otoño de 1816, en uno de sus dias mas calorosos, y á lo largo del camino que atraviesa el valle de Chamouni, en la Saboya, caminaba palo en mano, y con la mochila en la espalda, un joven de gallarda presencia, y al parecer de unos treinta y dos años; algunas prendas de su traje indicaban que habia pertenecido al ejército, y desde luego se adivinaba que no era uno de los muchos viajeros que allí acuden atraídos por el deseo de admirar las agrestes maravillas que la mano del cielo ha esparcido en la famosa cordillera de los Alpes. Podía suponerse que obtenida su licencia regresaba después de muchos años al hogar de sus padres. Acaso habria salido de su país siendo muy niño, porque de vez en cuando detenía su paso, miraba en torno suyo, y sus miradas, que tan pronto se dirigían á las montañas vecinas, como se fijaban en las cenagosas ondas del Arfe, parecían buscar objetos que le ayudasen á recordar lo pasado; llevábase con frecuencia la mano á la frente, como suelen hacer los que procuran despertar un recuerdo en su memoria, y un gesto de impaciencia dejaba comprender la inutilidad de su empeño; entonces suspiraba, y emprendía nuevamente su marcha en direccion al pueblecillo de Sallenches, murmurando entre dientes: ¡Nada recuerdo, absolutamente nada!

Serian las tres de la tarde; abrumado por el calor y la fatiga sentóse al pié de un grupo de nogales, cuya sombra y perfume parecían invitar al pasajero á que hiciese alto. Allí permaneció mas de un cuarto de hora recostado en uno de los troncos, con el codo apoyado en la rodilla y la frente sobre la mano derecha, embebido el pensamiento en reflexiones que debían ser harto melancólicas, á juzgar por la tristeza esparcida en sus agradables facciones; de pronto el rumor de unos pasos que se acercaban le hizo levantar la cabeza, y divisó á poca distancia un hombre, poco mas ó menos de su misma edad, y cuyo aspecto dulce y grave á la par, infundía confianza y respeto; cuando llegó al sitio donde se hallaba, saludóle cortesmente, y fué á sentarse casi en frente suyo, á la sombra de otro nogal.

Los dos se miraron en silencio, al principio con cierta curiosidad, despues con alguna benevolencia, y por último con afectuoso interés; se conocía que uno y otro sentían esa dulce atracción que llamamos simpatía.

El recién venido fué quien primero rompió el silencio, dirigiendo á su vecino algunas palabras acerca del tiempo; sabido es que por ahí comienzan la mayor parte de las conversaciones entabladas con las



personas que al verse por vez primera sienten el deseo de hablarse.

La conversacion fué animándose por grados; al cabo de algunos minutos, ya sabia el paisano que su interlocutor habia servido en el ejercito francés, y que se llamaba Florencio, y éste no ignoraba que su improvisado amigo era el médico de Sallenches Mr. de Saint Aubin.

—Hace mucho tiempo que residís en esta comarca? preguntó el militar al paisano.

—He nacido en ella, respondióle, y solo he faltado del pais en la época de mis estudios.

—En ese caso sabreis por qué han erigido una cruz en aquel sitio? dijo Florencio señalando á la cumbre de una montaña, que descollaba en frente del lugar donde se hallaban sentados.

—Esa cruz recuerda una desgracia horrible, respondió el médico suspirando. En este pais se acostumbra señalar con el emblema de nuestra redencion el sitio donde ocurre alguna muerte desgraciada.

Esto sirve para recordarnos los peligros á que se halla espuesta nuestra miserable condicion humana; es un llamamiento á la piedad de los fieles, y un tributo á la memoria de la desgraciada víctima. Esa que veis allí arriba se puso en memoria de un suceso que á todos nos afligió mucho. Vivía en Sallenches un matrimonio pobre y honrado; el marido se hallaba enfermo, y Germana su mujer, tenia que trabajar sola para mantenerle. Cecilia, su hija, era una criatura de ocho años y medio, tan hermosa y tan buena que todo el pueblo la queria; en sus pocos años era ya muy útil para sus padres, los ayudaba en cuanto podia. Una mañana deseosa de ganar algunos cuartos para llevárselos á su madre, subió al monte á coger fresa; sin saber cómo, la pobre niña rodó desde la cumbre al llano, y como podeis comprenderlo á vista de su altura, murió en el acto; su cadáver se halló magullado en la pradera, no lejos de la cabaña de sus padres, y en la cima del monte pareció su canastilla llena de perfumada fresa: era la postrer ofrenda del amor filial, el último esfuerzo de su trabajo. La pobre Germana estuvo á pique de volverse loca; el golpe, de suyo tan terrible renovó el sentimiento de la pérdida de otro hijo pequeñuelo, que algunos años antes habia perecido ahogado en la corriente del Arfe. Hace mas de quince años que ocurrió la muerte de Cecilia, y sin embargo, si visitarais el cementerio, cualquier paisano podria señalaros la tumba de Cecilia cubierta de fresaes, que los vecinos cultivan con esmero, aunque todos respetan el fruto; solo se atreven á comerle las avecillas del cielo.

—¿Razon teneis en decir que fué una desgracia horrible! dijo Florencio conmovido hasta el fondo del alma, y no extraño que su recuerdo interese á esas buenas gentes.

—La cruz de Cecilia es un objeto venerado en to-

da la comarca, continuó diciendo Mr. de Saint Aubin; la inocente criatura descansa ya entre los ángeles del cielo, y no parece sino que desde allí protege á los que fueron sus amigos en la tierra.

—Estais despertando mi curiosidad, exclamó Florencio, y espero que no tendreis reparo en satisfacerla por completo.

—No por cierto, repuso Saint Aubin, pero si os habeis imaginado una série de leyendas maravillosas, os llevareis chasco, pues los hechos que voy á contaros son tan sencillos como ciertos. Nuestras montañas abundan en tradiciones milagrosas, cuya verdad no me atrevo á sostener, ni mucho menos á negar; la fé, nos dice que Dios puede obrar cuantas maravillas quiera, y la razon me asegura que las obra continuamente: para mí lo que otros llaman casualidad no existe, yo en todo descubro la mano de la Providencia.... Al año siguiente de haber plantado esa cruz en la montaña, se hallaba un pastorcillo recogiendo yerba, de pronto sintió un mugido terrible, miró hácia el sitio donde sonaba, y vió con espanto acercarse á un toro que amenazaba embestirle; apretó el muchacho á correr con todas sus fuerzas, pero el toro no corria menos apriesa tras él. En vano el pobre chico se desgañitaba pidiendo socorro, nadie acudió en su ayuda. El camino por la parte de allá es accesible hasta la cumbre; subía el toro tras el pastorcillo, y éste se creia perdido sin remedio, cuando á vista de la cruz sintió reanimarse sus fuerzas, abalanzóse al madero sagrado, invocando el nombre de Jesus; trepó como pudo á lo mas alto de la cruz, asiéndose á ella con piés y manos; la cruz como veis está formada con dos troncos robustos y sólidamente afianzada en la roca, el toro no pudo derribarla, entretanto acudieron algunos pastores que ahuyentaron el animal, y el muchacho se salvó milagrosamente.

Su madre, que por cierto es una buena mujer, aunque demasiado escrupulosa, preguntó al señor cura si su hijo habria cometido una irreverencia ó profanacion al pisar la cruz de Nuestro Señor.

—Quítate allá, mujer! respondió el ministro de Dios, ¿has olvidado que nuestro Señor dijo:—Dejad á los niños que se acerquen á mí?

Da gracias al divino Salvador que abre sus brazos á cuantos se acogen á su misericordia, recuérdale á tu hijo que á ella debe su salvacion, y ensénalo bien la doctrina para que sea buen cristiano.

—Ay, señora Germana! decia la pobre Francisca, si vuestra hija no hubiera muerto seria yo la que ahora tendria que llorar la muerte de mi buen hijo; la cruz que han plantado allí arriba no debe ser menos preciosa para mí que lo es para vos; todos los años subiré dos veces á coronarla de flores; una el dia del aniversario de la muerte de Cecilia, y otra el dia en que se ha salvado mi Vicente.

Germana despues enviudó, ahora la infeliz se ha



quedado sola en el mundo, pero no desamparada, porque á nadie le falta Dios; la viuda carece de bienes de fortuna, pero en cambio pocos habrá que menos los codicien, ¿para qué necesito yo riquezas? suele decir mirando al cielo, allí es donde se balla mi tesoro.

Germana posée unas tierrecillas, que labra por su propia mano con ayuda de un buen hombre, y esto para mí es otro milagro de la cruz de Cecilia, oídle: Un labrador de las cercanías fué sorprendido por la tormenta en lo alto de la montaña, indudablemente hubiera sido arrebatado por el torbellino á no ser porque se abrazó fuertemente á la cruz. Esto acaeció en un sábado, el hombre prometió consagrar ese día de la semana en obsequio de la madre de Cecilia; desde aquel punto, y cuenta que ya van diez años, todos los sábados, sin faltar uno, se ha visto á Pedro cumplir su promesa trabajando en las tierras de la viuda. Tal ejemplo de gratitud y consecuencia en un hombre, no me negareis que tiene algo de maravilloso, exclamó Saint Aubin sonriendo.

—Ciertamente, repuso Florencio suspirando, que no abundan en el mundo tales ejemplos, y vuestra sencilla narracion me hace formar muy buen concepto de vuestros paisanos.

—Es buena gente, dijo el médico, y en prueba de ello voy á contaros lo que pasó á un vecino mio: éste volvía del monte muy contento porque traía el morral bien provisto de caza, sentóse á descansar junto á un peñasco, y apoyó en él su escopeta, levantóse á poco rato y prosiguió su camino; al pasar junto á la cruz de Cecilia, notó que una perdiz se habia posado en una de sus aspás, echó mano á la escopeta, y disponíase á tirarla, pero reflexionó un momento y exclamó:—Animalito, estás bajo el amparo de la cruz; no seré yo quien manche con la sangre la señal de nuestra Redencion.

Apenas habia caminado veinte pasos echó de ver que la escopeta se hallaba sucia; examinó el cañon y lo halló atascado de tierra, que sin duda cayó en él cuando le arrimó á la peña; si el hombre hace fuego hubiera reventado el arma entre sus manos, y sabe Dios lo que hubiera sucedido!

Por último, voy á contaros otro lance, los pastos que nacen allí arriba pertenecen á dos vecinos de Sallenches; hacia mas de tres años que andaban en disputa sobre si el límite debia estar media vara mas acá ó mas allá; ni el uno ni el otro queria ceder una línea, y ya estaban decididos á pleitear, es decir, á meterse dentro de las garras de la justicia, ó por mejor decir de la curia, que no las tiene cortas; por fin se les ocurrió someter la cuestion al arbitraje del señor cura, que por cierto es un bendito. El pobre señor no queria perjudicar á ninguno de los dos, y no sabia cómo salir de aquel pantano; encomendábase á Dios para que le inspirase lo mas justo; subió con

los aldeanos á la montaña, y á vista de la cruz se le ocurrió decir:—Mirad, amigos, puesto que la cruz de nuestro Señor está casi en medio de vuestro campo, haced una cosa, tomadla por límite, y no volvais á discutir; el que pierda un pié de terreno, haga esa renuncia en obsequio de Dios, y en otra parte recibirá la recompensa, porque ya sabeis que Dios vuelve ciento por uno, cuando menos.

—Convenido, señor cura, convenido: exclamaron los dos montañeses á una voz; no se diga que siendo cristianos hemos desairado la cruz en que murió Jesucristo por nosotros: desde aquel día, si una oveja traspasa el límite señalado, no por eso hay riña entre los dueños; el signo de la paz reina en las alturas, como debería reinar en todo el mundo.

Florencio habia escuchado la narracion del médico, cuyo gesto espresivo aumentaba el interés que suele despertar el relato de un hecho á vista del sitio en que ha tenido lugar, con un placer mezclado de tristeza. Cuando Saint Aubin dejó de hablar quedóse pensativo.—Bien mirado, exclamó despues de un breve silencio, mas digna de compasion es Germana que Cecilia; ésta se dirá que hace bien á sus amigos, hasta despues de muerta; pero su pobre madre llora, y vive sola. ¡Es muy triste situacion!... pero aun es mas triste la de aquellos que no saben si deben llorar la muerte de los suyos, ó sentir la privacion de sus caricias, si es que viven.

—Yo me hallo en ese caso, amigo mio.

—Cómo? exclamó Saint Aubin con marcado interés, no habeis conocido á vuestros padres?

—Creí conocerlos, y he vivido hasta el año pasado en esa persuasion, pero me habian engañado; los que yo tenia por mis padres, eran mis raptos.

Saint Aubin hizo un gesto de sorpresa, y exclamó:—Es posible, contadme como pasó eso, y no dudeis que os escucho con todo el interés de un amigo. Me habeis agradado á primera vista.

—Gracias! dijo Florencio, tambien vos sin saber por qué me habeis inspirado confianza, y siento alivio al contaros mi desgracia.

—Continuad, continuad, estimo esa confianza.

—En mí, continuó el soldado, estais viendo á uno de los miserables restos de la batalla de Waterlloo. El que yo creía mi padre, servia en clase de sargento en el regimiento de... su mujer era vivandera, y yo soldado en la misma compañía de mi padre, antes que tuviera uso de razon; el sargento habia servido en otros regimientos, y mi madre, ó por mejor decir, su mujer, le habia seguido á todos ellos en clase de vivandera. Yo me habia criado, por decirlo así, en la compañía. El 18 de Junio del año pasado, día funesto para la Francia y para mí, se dió como sabeis la batalla de Waterlloo. En ella ví caer á mi lado herido mortalmente al anciano sargento. Acudí á pres-



tarle auxilio, y con voz entrecortada por las ansias de la muerte, me dijo:

(Se concluirá.)

MICAELA DE SILVA.

### EL LIBRO.

Una vez era un niño muy guapo, que se llamaba Faustino, tenía cuatro años y medio, su mayor gusto era que le contaran cuentos. Todas las noches después que se cansaba de jugar se apoyaba en las rodillas de su madre y la decía: —Mamá, cuéntame algo, ¿quieres?

La madre le cogía en brazos y le contaba una porción de historias á cual mas bonitas. Una vez le contó la de San Vicente de Paul, aquel ángel de bondad que recogía en las calles á los niños abandonados, se los llevaba consigo, y los alimentaba, vestía y acariciaba como si fuera su padre y su madre á la vez.

—Mamá, dijo el niño cuando acabó la historia. ¿Conocias tú á San Vicente Paul?

—No, hijo, cómo quieres que le haya conocido si hace mucho tiempo que murió.

—¿Pues cómo sabes lo que hacía? Quién te lo ha contado?

—Ese libro, respondió la madre, señalando á uno que estaba sobre la mesa.

En otra ocasión le refirió la historia de aquel intrépido navegante llamado Cristóbal Colon, que descubrió las Américas, en donde se crían unos árboles que producen un fruto parecido á una nuez muy grande, el cual se llama coco, y está lleno de un jugo delicioso, blanco y dulce como la leche.... en donde hay unos pajaritos poco mas grandes que una mosca, y cuyas plumas se asemejan á los rubís, á los záfiro y esmeraldas; en donde crecen tambien unas cañas tan dulces que de su jugo se saca el azúcar, y en fin, otra porción de cosas muy buenas.

—Ay, mamá, exclamó Faustino. ¡Qué país tan bonito debe ser ese! ¿Has estado en él, verdad?

—No, hijo, ese país está muy lejos y hay que pasar los mares para ir á él.

—¿Pues quién te ha dicho lo que hay en aquellas tierras?

—Ese libro, volvió á decir la madre, como la vez anterior.

Varias veces, con motivo de otras historias, hizo el niño la misma pregunta y obtuvo igual respuesta.

Una noche la madre tenía precisión de salir, y Faustino se aburrió cuando se quedó solo, porque no tenía quien le contase cuentos.

Entonces se dijo, puesto que á mamá se lo cuenta todo ese libro, voy á ver si me cuenta una historia.

Dicho y hecho, tomó el libro entre las manos, y comenzó á mirarle hoja por hoja, pero en todas encontraba lo mismo; es decir, unos signos muy pequeños trazados con tinta negra sobre las blancas páginas; por mas vueltas que le dió no pudo hallar otra cosa.

Cansado en fin de hojear el libro so durmió.

Dispertóse al ruido que hizo su madre al entrar, y saliendo á su encuentro exclamó:

—Mamá! ¿cómo haria yo para entender lo que dice este libro?

—Es lo mas sencillo del mundo, repuso la madre riendo, aprende á leer, aplicate, y verás como lo entiendes.

En efecto, niñas, aprended á leer, aplicaos, y dareis pasto á la inteligencia, enriqueciéndola con la experiencia de los demas. El mas diestro y complaciente narrador es un buen libro.

CAMILA DE AVILÉS.

### Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. Escudo bordado al pasado.
- NUM. 2. Cuello marinero, de tela doble, bordado á punto ruso con seda negra y nuditos al minuto con algodón blanco.
- NUM. 3. Puño correspondiente.
- NUM. 4. Mitad de un cuello, vueltas las puntas y bordado á punto ruso con seda negra.
- NUM. 5. Cenefa á feston y ojetes.
- NUM. 6. Entredos, al minuto.
- NUM. 7. Mitad de un cuello, doble ó sencillo, con la mariposa bordada á pespunte con negro en el primer caso y al pasado con blonda en el segundo.
- NUM. 8. Puño correspondiente.
- NUMS. 9 y 10. Cenefas, al pasado.
- NUM. 11. Feston punto de rosa.
- NUM. 12. Entredos, bordado á la inglesa.
- NUM. 13. Idem, con trencilla.
- NUMS. 14, 15 y 16. Cenefas bordadas á la inglesa.
- NUM. 17. Cenefa de trencillas, para vestidos de niños.
- NUM. 18. Idem, con trencilla, y bordado á punto ruso, para enaguas.
- NUM. 19. Pañuelo bordado al pasado y punto de armas, terminado por encaje.
- NUMS. 20 á 27 inclusive. Cifras bordadas al pasado y plumetis.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.